

# La socialdemocracia europea

I María Pastora Novoa Portela  
Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco

## Resumen

---

La intención es analizar el desenvolvimiento del sistema internacional desde la perspectiva de las transformaciones operadas en el proyecto y en la praxis de las organizaciones socialdemócratas europeas, y cómo estos cambios han contribuido a la homogenización ideológica, reduciendo de esta forma el espacio democrático, el cual necesita de la diversidad de ideas y del debate. Asimismo, veremos cómo las transformaciones operadas en la definición de su proyecto social han podido interpretar de manera adecuada las perspectivas que se han abierto, tanto en el proceso de acumulación de capital como en la competencia que se presenta dentro del espectro electoral a lo largo del periodo de posguerra.

### Palabras clave

Socialdemocracia, política, socialismo, economía, Keynes y neoliberalismo.

*Clasificación JEL:* F59.

## Abstract

---

Our intention is to analyze the development of the international system from the perspective of operated transformations in the project and in the praxis of social democratic organizations of the European geographical area; and as this transformation has contributed to the homogenization of space ideological thus reducing the democratic space which, in itself, it needs ideological diversity and debate. Also, we will see how transformations operated in the definition of its social project have been able to interpret adequately prospects that have opened up, both in the process of capital accumulation and competition that occurs in the spectrum election throughout the post-war period.


### Keywords

Socialdemocracy, political, socialism, economy, Keynes and neoliberalism.

Recibido: 23 de marzo de 2012.

Aceptado: 30 de mayo de 2012.

### Introducción

 El estudio del comportamiento de la socialdemocracia no es ajeno al de las transformaciones operadas en el ámbito de la economía internacional, pues, como lo afirma Chesnais (1997: 33), un análisis cuidadoso del proceso de mundialización del capital requiere pensar a la vez la política y la economía. Las transformaciones que se observan en la esfera económica no pueden separarse del escenario político que las rodea, por el contrario, es la interacción de ambos espacios la que permite explicar la conformación de un determinado régimen de acumulación en un momento preciso. En este sentido, el estudio de cierta formación política (la socialdemocracia) implica abarcar un amplio espectro de variables, tanto de carácter económico como político, a fin de poder interpretar adecuadamente el papel desempeñado por ella en la conformación del sistema internacional.

En las últimas décadas, se han vivido fuertes modificaciones en la vida política, social y económica en el mundo, y éstas producen la apariencia de una imposibilidad de comprensión de los fenómenos actuales.

Opinamos que esa aparente impenetrabilidad que muestra el sistema puede tener una explicación en la dinámica del mismo: las modificaciones experimentadas en las relaciones político-económicas de los últimos años han conducido al rompimiento del bloque histórico emergido de la postguerra, con el consiguiente debilitamiento de las instancias encargadas de controlar las fuerzas centrífugas del sistema (léase Estado). Este quiebre no ha sido producto de la capacidad expansiva de algún nuevo proyecto social; por el contrario, ha sido precisamente la ausencia del mismo la que ha signado la profundidad de la presente crisis y ha promovido, al mismo tiempo, el desencanto acerca del pensamiento teórico, el cual ahora, más que nunca, se ha visto

obstaculizado para aprehender un objeto mutable por naturaleza, como lo es la formación social, la que, en el momento actual, da la impresión de haberse desprovisto de cualquier racionalidad anteriormente conocida (Novoa, 2011: 5-6).

Se vive en un mundo fetichizado, donde la esencia del capitalismo se mantiene, pero nuevas apariencias despistan; por ejemplo, la imagen del Estado y su funcionalidad y objetivos, así como los actores y agentes sociales presentes, parecen totalmente nuevos aunque de modo sustancial no lo son.

Los mecanismos de mediación que canalizaban las demandas sociales ante el Estado –léase partidos y sindicatos, fundamentalmente– sufrieron un duro golpe a partir de la imposición del modelo económico-social neoliberal; es decir, desde la llegada al poder de Margaret Thatcher a Gran Bretaña, en la década de los ochenta. El proyecto socialdemócrata, sustentado en los partidos socialistas de Europa occidental, se vio y se sigue viendo retado por los cambios y por la limitación del propio proyecto ante la realidad histórica. La solución a ello fue desvirtuarlo hasta límites irreconocibles; es decir, en vez de intentar dar salida a los cuestionamientos que las circunstancias le hacían, manteniendo la esencia del proyecto (Estado de bienestar), éste fue pervertido en términos de “lo que es posible”. Como consecuencia de lo anterior –y aunado a la falta de un adecuado análisis de la realidad–, fueron abandonados la utopía y el objetivo social inicialmente trazado.

Ésta fue la táctica que los partidos socialdemócratas emplearon, incorporada dentro de una estrategia hacia lo global de supuesta transición pacífica al socialismo, producto de la voluntad emanada de los principios de la II Internacional, la cual se vio socavada fuertemente en Fráncfort en 1951 durante el Congreso de la Internacional Socialista (IS). En dicho congreso, la IS estableció cuáles eran las tareas y los objetivos del socialismo democrático. Realizó una crítica tanto al “capitalismo descontrolado” como al “comunismo soviético”, por ser un “nuevo imperialismo”. Afirmó que el socialismo quería construir una sociedad “libre y democrática”, buscando reemplazar al capitalismo por un sistema donde los intereses públicos tuvieran preferencia por sobre los privados, entre otras cosas (Declaration of the Socialist International, 1951).

El gran cambio cualitativo que se operó en las organizaciones socialdemócratas lo constituyó, por tanto, el abandono progresivo de los principios y objetivos que les habían dado origen, renunciando a

la definición de un proyecto social alternativo al capitalismo e insertándose abiertamente dentro de la lógica de la democracia formal. A partir de entonces, el objetivo fundamental de la socialdemocracia ha sido consolidar su posición dentro del escenario político, tanto nacional como internacional.

## El mundo de posguerra

El momento decisivo en la expansión del proyecto socialdemócrata en Europa se presentó al finalizar la Segunda Guerra Mundial. El escenario general en el que vivían los pueblos de Europa en ese periodo se caracterizaba por la enorme destrucción, consecuencia del esfuerzo bélico, pero también por la emergencia de un sólido movimiento sindical, capaz de imponerle férreas condiciones al proceso de acumulación de capital. Así, la recuperación económica tendría que desarrollarse de forma tal que supusiera e implicara un notable proceso distributivo que satisficiera las demandas de la clase trabajadora, al mismo tiempo que impulsara la atenuación de sus demandas políticas. Los encargados de llevar adelante tal política fueron las organizaciones socialdemócratas. El proyecto socialdemócrata de posguerra se basaba en los principios económicos derivados de la teoría keynesiana; según ellos, tendría que ser el Estado el encargado de manejar la demanda a fin de garantizar el funcionamiento estable de la economía, pero también debería ser el responsable de garantizar la realización del proceso de distribución del ingreso.

El keynesianismo otorgaba un papel protagónico al Estado, ya que sólo desde él podían establecerse políticas económicas con carácter redistributivo y fortalecerse los canales de mediación con la sociedad; sindicatos y partidos fueron los actores principales del nuevo pacto social.

El desarrollo nacional se convirtió en la prioridad del periodo de posguerra. Esta situación es la razón fundamental que explica el bajo perfil alcanzado por las propuestas de integración económica en Europa, las cuales se reducían a acuerdos sectoriales en el caso de propuestas de corte transnacional (el acero y el carbón, por ejemplo) o al establecimiento de convenios aduaneros de alcance más amplio, como sería el caso del Mercado Común Europeo. Estos acuerdos fueron impulsados por gobiernos socialdemócratas, y entre las causas que explican la búsqueda de los mismos se encuentran factores de carácter político (v.g., la necesidad de neutralizar a Alemania), por encima de las posibles explicaciones derivadas de la racionalidad económica.

Paradójicamente, es el aspecto político el que menos se intenta desarrollar en el proceso de integración europea, pues el carácter nacional de la política no termina de diluirse junto con la eliminación de las barreras de corte económico.

La participación de la socialdemocracia al interior de los esquemas de poder coadyuvó de manera crucial al sostenimiento del sistema, valiéndose de la concertación interclasista que combinaba políticas keynesianas en lo económico y un reforzamiento de la democracia representativa en lo estrictamente político.

La socialdemocracia logró colocarse en una situación privilegiada para reorientar las bases del proceso de acumulación de capital, en un periodo histórico que se vio compelido al reconocimiento del mundo obrero como una fuerza viva y problemática para el capital (Novoa, 2011: 15).

La crisis, que encuentra su máxima expresión en el famoso *Crack* de 1929, rompió con el mito del autoajuste del mercado, con la “mano invisible” de Adam Smith, con lo que la sociedad se abrió a nuevos planes políticos anticrisis que permitieran una expresión nueva de esas situaciones de inestabilidad que evitara el sesgo economicista del avance socialdemócrata.

Según Cacciari (1981), podemos afirmar que las crisis, en sentido amplio, no son resultado únicamente de la agudización de las contradicciones que un modelo económico sistémico contiene implícitamente, tal y como se afirma regularmente, sino que tienen una armadura social que sostiene todo el entramado económico: al fallar éste falla todo el proyecto. Esto explicaría la crisis que estalló en 1929 como un fracaso del proyecto liberal –dominante hasta ese entonces– porque evidenció su incapacidad para mantener determinadas relaciones económicas y políticas bajo la égida sobre la que estaban construidas.

De acuerdo con las leyes de la *libre competencia*, se dio una gran concentración productiva que, aunada a la anarquía en el comportamiento de la economía y de la política, representó un fuerte incremento de la desigualdad social por la inequitativa distribución de las rentas nacionales, lo cual se tradujo en una reducción significativa de la capacidad adquisitiva de la población, específicamente de los sectores asalariados. Este proceso se fue agudizando y provocó un rompimiento en las relaciones de dominación ejercidas hasta ese momento, desplegándose un abanico de posibilidades de proyectos sociales alternativos.

En este contexto, comenzaron a tomar fuerza las organizaciones laborales y los partidos políticos que se reivindicaban como tales; asimismo, este ambiente acompañó el surgimiento de un nuevo paradigma económico que habría de convertirse en la piedra filosofal del movimiento socialdemócrata: el keynesianismo.

La *teoría general de Keynes* ocupa una posición fundamental en la explicación de las características que adoptaría el sistema mundial a partir de la cuarta década del siglo pasado.

El proyecto económico keynesiano puede ser sintetizado en los siguientes términos: el punto de partida de Keynes lo constituye el rechazo de uno de los dogmas más venerables de la teoría económica clásica, la llamada Ley de Say, mediante la cual se afirma que en todo momento la economía se mantendrá en continuo equilibrio entre la oferta y la demanda globales; el abandono de este dogma lleva a Keynes a plantear lógicamente la posibilidad de que la economía se encuentre víctima de desequilibrios en los diferentes mercados que la integran, y que ello impediría alcanzar niveles de actividad económica de pleno empleo, tal y como pudo ser ampliamente comprobado durante el periodo de dicha crisis. La explicación última de tales problemas sería, de acuerdo con Keynes, la existencia de un déficit de demanda efectiva, esto es, el lento crecimiento del gasto agregado respecto al crecimiento de la productividad.

Resulta importante señalar que el planteamiento keynesiano acepta una cierta irracionalidad macroeconómica en el desenvolvimiento libre de las fuerzas del mercado, la cual contribuyó poderosamente a amplificar el comportamiento cíclico mostrado durante ese periodo, y que exige, por tanto, la necesidad de establecer un mecanismo corrector de tal irracionalidad, función que recaería en el Estado, el cual al ser transformado pasaría a ser el protagonista de un nuevo proyecto económico y político.

Tenemos entonces que la política anticrisis, sugerida por el marco keynesiano, se puede resumir en una sola idea: incrementar el gasto público de manera acelerada, independientemente del rubro específico al que se aplique, a efecto de compensar las deficiencias presentes en la demanda agregada, estrategia que permitiría, mediante los efectos multiplicadores implícitos en la economía, inducir una pronta recuperación en el comportamiento de la misma (Novoa, 2011: 20).

En la Europa de la posguerra se había establecido una receptividad ideal para el desenvolvimiento de una alternativa al fracasado *laissez faire*; el proyecto keynesiano sería encauzado a través de los partidos de orientación socialdemócrata. Gracias a él se lograría la etapa de estabilidad más larga que haya vivido el sistema capitalista desde el siglo XVIII.

El keynesianismo otorgaba un papel protagónico al Estado, ya que sólo desde él podían establecerse políticas económicas con carácter redistributivo y fortalecerse los canales de mediación con la sociedad; sindicatos y partidos fueron los actores principales del nuevo pacto social. Esos mediadores dieron una personalidad colectiva a los acuerdos que determinaron la dinámica social, mientras el sufragio universal marcaba el carácter individual de la democracia representativa parlamentaria.

La participación ciudadana aumentó considerablemente en esos años, animada por un debate ideológico plural. Esta profundización de la democracia transformó a los ciudadanos en individuos demandantes, pero también institucionales; no había espacio para las actitudes violentas. Sin embargo, las contradicciones sistémicas sobrevivían tácitamente; la economía y la política recorrían caminos antagónicos, ya que si bien el comportamiento colectivo democrático se generalizaba, por otra parte el carácter individualista de la esencia liberal de la misma democracia caminaba por la senda contraria.

El Estado keynesiano iba a representar la vía intermedia entre capitalismo y comunismo; en principio, esto sería muy atractivo para un continente harto de excesos.

En resumen, a esta visión conflictiva de la realidad de esos años los socialdemócratas le pusieron el nombre de “democracia social”, la cual pretendía distinguirse de la visión liberal por su carácter precisamente “social”; éste era el dato *especial* de su mundo democrático.

A diferencia de la concepción liberal del Estado, un prestador de servicios, sobre todo en seguridad, tendría para los socialdemócratas la función de activador constante de la relación con la sociedad, de tal manera que el voto trascendiera a sí mismo como mero acto individual de legitimación, convirtiéndose en el vínculo colectivo que tomara la palabra a través de sus expresiones sociales y estatales. Dentro de este esquema, la sociedad debía estar en permanente actividad, más allá del proceso electoral, por ser destinataria de la función del Estado. Lo social, por tanto, atravesaría lo democrático anegándolo, separándose y diferenciándose así de otras opciones que sobreponen lo individual



a lo colectivo y secuestran al Estado para hacerlo rehén de intereses privados o para burocratizarlo. El Estado keynesiano iba a representar la vía intermedia entre capitalismo y comunismo; en principio, esto sería muy atractivo para un continente harto de excesos.

El objetivo era eliminar, a través del activismo estatal, toda posibilidad de generación de proyectos culturales emergentes en la periferia del sistema que tuvieran tintes *antisistémicos*. La oportunidad de ese tipo de estabilidad residía en crear un Estado que diera la imagen de auténtico árbitro consensual, basado en un programa de reformas que pudiera digerir, desde sus fundamentos, el latente conflicto social y mantuviera, de este modo, el funcionamiento del capitalismo.

Empresarios como Ford vieron que la crisis de 1929 se debía a la tremenda desproporción entre la capacidad productiva y la demanda efectiva existente, visión sobre la que giraría el nuevo modelo de relaciones laborales, en la base de la reproducción capitalista. El Estado pasó entonces a ser la pieza fundamental en la regulación de la relación capital-trabajo, al adquirir una apariencia prácticamente hegeliana, y debería determinar el quehacer de las diferentes opciones políticas (partidos, sindicatos); entre éstas destacaba el caso de los partidos de orientación socialdemócrata, que podrían plantear abiertamente la posibilidad de alcanzar sus objetivos supuestos de transición pacífica al socialismo luchando desde el Estado y no contra él.

Se puede afirmar que el proyecto socialdemócrata que emergió de la II Internacional en 1907, y que se afianzó electoralmente durante los años sesenta, utilizó en la práctica el espacio que la teoría keynesiana le ofreció, materializando el gasto agregado del que hablaba el keynesianismo en la implementación de un Estado de bienestar que, a través de una plataforma estatal, procesara el conflicto social a partir de una particular versión del gasto, como gasto público.

Así, la regla keynesiana del “pleno empleo” se tradujo en la construcción de instituciones de bienestar y en una mayor amplitud para la expresión política de la clase obrera, que la resignificó como un activo imprescindible para la estabilidad del sistema a partir de la incorporación de los trabajadores, tanto activos como pasivos, a la lógica del nuevo proyecto dominante del capital, creando una cosmovisión totalizadora que involucrara en el proyecto reformista a la formación social en su conjunto.<sup>1</sup> De esta manera, el keynesianismo lograría instituirse como la

<sup>1</sup> La educación obligatoria, que retiene un periodo mayor a un porcentaje importante de la fuerza de trabajo potencialmente asalariada, y el seguro de desempleo, que mantiene al trabajo no asalariado pendiente de la contribución social, entre otros, son algunos de los productos políticos utilizados para el sostenimiento de la lógica de acumulación, al neutralizar el conflicto social.

modalidad de dominación de ese periodo histórico concreto, al diseñar una propuesta con capacidad efectiva para resolver la crisis orgánica por la que atravesaba la sociedad capitalista y restablecer las relaciones sociales del capital.

Con base en lo anterior, la conflictividad social, acicateada constantemente por la persistencia, latente o declarada, de la crisis, podía ser conducida por mecanismos democrático-liberales, reforzando la base de apoyo social del prototipo socialdemócrata, que resultó útil a los partidos de esa orientación para alcanzar el control del poder político estatal.

Finalmente, el desarrollo del sistema capitalista habría de promover la incrustación definitiva de la organización socialdemócrata en el corazón del mismo, colocándola en una situación de privilegio para reorientar las bases del modelo de acumulación de capital. A partir de este momento, su estrategia experimentó un viraje sustantivo: la perpetuación dentro del sistema se convirtió en su objetivo prioritario.

La permanencia de los partidos socialdemócratas al frente del aparato estatal comenzó a depender de una nueva posición hacia el sistema capitalista, esto es, de su capacidad para evitar enfrentamientos severos y generar equilibrios para la reproducción del sistema. Su meta declarada de llegar al socialismo tenía que ser replanteada. Lo posible imponía objetivos más realistas y más funcionales a sus necesidades de continuar en el poder, y esto dependía cada vez más de garantizar la perpetuación del sistema, no de su cuestionamiento. Sin embargo, con la pérdida de la utopía se extraviaba, sobre todo, como bien afirma Vidal, la capacidad de resistencia ante el poder, y por tanto era una renuncia a la opción de ser auténticamente libres (Vidal, 2002).

Se tiene, finalmente, una segunda posguerra que detonó el debilitamiento de las bases teóricas liberales tal y como habían sido conocidas hasta entonces. El egoísmo, como herramienta supuestamente beneficiosa, y la racionalidad, como conducta económica humana reglamentaria que entronizaba el individualismo como filosofía del bienestar general, habían mostrado sus pies de barro y caían en un proceso de verdadera oscuridad.

Las reformas se hacían evidentemente necesarias. En el ámbito económico era vital la reactivación del proceso de acumulación para la preservación del capital en sentido técnico, aunque tomando en cuenta que dicho concepto tiene un carácter social e histórico, en la esfera política sólo la democracia representativa, es decir, el reconocimiento por parte de las élites capitalistas de la necesidad de la participación de los sectores populares cada vez más politizados, podía garantizar la estabilidad del sistema.

La socialdemocracia, convertida en portadora del proyecto más viable para administrar la crisis, no estaba exenta, de todas formas, de producir cambios sociales que pudieran atentar contra sí misma. Quizás la modificación más importante experimentada a lo largo del periodo de esplendor de la hegemonía socialdemócrata haya sido el mejoramiento de las condiciones materiales en la vida de la gente, objetivo que se perseguía de inicio; no obstante, también debía responder a las demandas sociales crecientes y esto, paradójicamente, se convertiría, como se verá, en factor determinante de una fuerte crisis interna.

## La neoliberalización de los partidos socialdemócratas

Las reformas sociales impulsadas con gran éxito por parte de los regímenes socialdemócratas fueron transformadas progresivamente en una especie de plusvalía socialdemócrata (Katznelson, 1982). Vale decir que todos los beneficios resultantes de las luchas sociales se institucionalizaron, con lo que cualquier amenaza a su existencia vendría en una situación altamente conflictiva.

Este aspecto resulta de trascendental importancia debido a que el periodo de agudización de la crisis de los setenta coincidió con el proceso de maduración demográfica y de las instituciones de bienestar social, con lo cual se estableció una fuerte resistencia a la reducción del gasto público.

De esta forma el Estado, que se había convertido en un instrumento de conciliación social, en el espacio por antonomasia de la igualdad, se transformó en el principal escenario de las contradicciones que el propio sistema creaba. El mantenimiento de ese equilibrio inestable con el que se hallaba comprometida la socialdemocracia, como resumen de la asunción de los intereses opuestos de la sociedad, iba a terminar por romperse debido al creciente enfrentamiento entre los dos aspectos que signaron el carácter dual del Estado: la democracia, como exigencia colectiva de participación, y el renacimiento del liberalismo, que volvía a reivindicar con renovada fuerza el carácter individualista de la sociedad. Por un tiempo, los partidos socialdemócratas permanecieron fieles a su proyecto interclasista.

El Estado, convertido en un instrumento de igualdad que permitía la reproducción del sistema sin fuertes quiebres, presionó a la socialdemocracia en el poder para llevar a cabo lo que Habermas ha denominado “política simbólica”; es decir, el gobierno recogió las necesidades de los acumuladores privados e intentó adecuarlas a los intereses colectivos. De ahí que el fordismo amplió las bases sociales del proceso de acumulación.<sup>2</sup>

Lo anterior muestra que “el gobierno [tuvo] que ocuparse, al mismo tiempo, del apoyo de las masas y de los inversores privados” (Habermas, 1986: 129), y esto dio como resultado un proceso de derechización socialdemócrata cada vez menos simbólico y más real, toda vez que entró en una fase contradictoria entre las necesidades de la política *realista y posible* y sus planteamientos teóricos. Esta configuración contradictoria de la socialdemocracia incapacitó, de manera efectiva, a la izquierda, en general, y a la clase obrera, en particular, para generar una respuesta a la crisis que sobrevendría con la caída del mundo de la posguerra, con lo cual disminuyó progresivamente la capacidad de la socialdemocracia para continuar ejerciendo sus funciones integradoras.

El modelo keynesiano, construido al amparo de gobiernos socialdemócratas, entró en crisis como resultado de las propias contradicciones que su desarrollo iba generando. El carácter paradójico del modelo se observa, sobre todo, al analizar el comportamiento de las variables financieras del Estado. La economía de la posguerra descansó sobre la frágil base del crédito, especialmente sobre el mercado de la deuda pública; la necesidad de incurrir en déficits fiscales para financiar el Estado de bienestar socialdemócrata se convirtió en un elemento fundamental para explicar la ruptura de los acuerdos monetarios que habían mantenido la estabilidad del sistema internacional en el periodo de posguerra, pero también para dar cuenta de la aparente autonomía que muestra en la actualidad el sector financiero internacional respecto al aparato productivo. En primer lugar, es preciso señalar que la expansión de la deuda supuso un notable desplazamiento de recursos internacionales que terminó por desalinearse el régimen de paridades fijas, establecido en Bretton Woods, con la consecuente inestabilidad que se empezaba a apreciar en el comportamiento de los mercados cambiarios desde finales de los años sesenta.

Los abultados déficits externos de la economía estadounidense y la rápida acumulación de capital, que no encontraba salida segura y rentable en la inversión productiva, adquirieron una forma líquida y comenzaron a recorrer ágilmente el sistema en busca de obtener mayores ganancias; todo ello rompió el relativo aislamiento del Estado nacional, obligándolo a buscar condiciones que permitiesen retener los capitales (el capital es en sí mismo mundial y, por tanto, busca siempre la mundialización), y alimentó la especulación financiera y la

<sup>2</sup> Al respecto, existen interpretaciones de autores como J. Hirsch, W. Bonefeld y J. Holloway, quienes aseguran que, dada la importancia adquirida por el fordismo en la posguerra, el Estado podría ser caracterizado como fordista antes que como benefactor.

transición hacia el neoliberalismo, *ofertismo* y monetarismo, teorías que permitieron restituir el dominio ideológico del dinero.

Con esta nueva avalancha de capital, se han resquebrajado las viejas estructuras estatales y corporativas para buscar nuevas formas de realización de la dominación.

Para la socialdemocracia, el objetivo de la posguerra, llegar al socialismo por la vía pacífica, desapareció en busca de otro más práctico: quedarse en el poder. De ahí en adelante, esta tendencia permeó toda la estrategia socialdemócrata, produciendo una aguda competencia con la derecha, cuya clave no ha estado en la búsqueda de la diferenciación ideológica respecto a aquélla, sino en su mimetización con la misma a través del poder, lo cual la llevó a un proceso de *neoliberalización* que, a la larga, le ha traído fuertes problemas de identidad y la separación progresiva de sus propias bases sociales.

El incremento y la generalización de la deuda –aspecto característico también de los últimos años de la fase de expansión del sistema de posguerra– suponían una subordinación mayor al dinero por parte de los deudores, ya sean públicos o privados, en un periodo en el que la moneda internacional manifestaba la pérdida de sus funciones estabilizadoras. La transmisión de la problemática monetaria a escala internacional alcanzó rápidamente a las distintas economías nacionales, cuyas autoridades económicas fueron incapaces de enfrentar adecuadamente la crisis que vivía el sistema (Bonefeld y Holloway, 1986: 116-140).

Esa incapacidad se ha expresado en evaluaciones como la realizada por un miembro del Partido Laborista Británico:

Desde 1959, el liderazgo parlamentario del Partido Laborista ha estado de acuerdo con la idea de que el consenso de la posguerra, establecido sobre la base del pleno empleo y del Estado benefactor, era una característica permanente de la vida en Gran Bretaña y que el sindicalismo sería conducido a una posición que favorecería a su realización. Esta respuesta no ha podido obtener el apoyo de nuestro pueblo porque ha podido ver, primero, que no contiene en sí misma ningún elemento de transformación y, segundo, que ha fracasado incluso según su propio criterio. Esa política no podría traer consigo un crecimiento, no podría ampliar la libertad, no podría incluso dejar de obstaculizar el desarrollo de la asistencia social y no podría mantener el pleno empleo.

El punto decisivo surgió cuando, en 1976, el FMI se dirige a un gobierno laborista lleno de socialdemócratas ordenándoles

que abandonen incluso la socialdemocracia. Estos fueron los antecedentes del fracaso, pero la posibilidad de la fuerza todavía se encuentra allí (Plotke, 1981: 1718).<sup>3</sup>

Esta situación estuvo acompañada, a finales de los años sesenta y durante la década de los setenta, de importantes acontecimientos que mostraban el descontento social (el Mayo francés y alemán), en lo que respecta a Europa, pero también en otras partes del mundo había inquietud social –como el rechazo a la guerra que Estados Unidos llevaba a cabo en Vietnam– y toda una serie de movimientos contraculturales (comunales, ocupas, entre otros), así como movimientos violentos como las Brigadas Rojas en Italia o la Baader-Meinhof en Alemania, cuya presencia mostraba una gran intranquilidad político-simbólica.

Esto fue aprovechado por los neoconservadores para formular su diagnóstico de la crisis del modelo de bienestar como *crisis de gobernabilidad de las democracias*, y a partir de ahí proponer su alternativa liberal.

La urgencia tecnológica que caracteriza a nuestras sociedades en la actualidad ha hecho que la tecnología influya de manera fundamental en las relaciones humanas dentro de la sociedad civil. Dicha urgencia ha elevado a categoría social un nuevo sector de clase conocido como *tecnoburocracia*, el cual pretende dar la imagen de una política sin ideología que, unida a la tecnología, resolverá los problemas materiales y de reproducción de las sociedades. La articulación tecnología-política ha debilitado los mecanismos tradicionales de mediación, como los partidos y sindicatos, quitándoles sentido y, por lo tanto, protagonismo, lo que además ha conllevado un desmerecimiento de los instrumentos tradicionales de presión social: huelgas, manifestaciones, entre otros. Sin embargo, el incremento de las movilizaciones políticas de esos años no suponía una crisis del sistema político, como plantearon los neoconservadores, sino, por el contrario, una utilización de los instrumentos que la democracia ofrece para la expresión popular, al igual que hoy en día, porque en épocas de crisis las manifestaciones de descontento reaparecen en todas sus formas, más las que se van añadiendo.

El fondo del asunto es que se volvió necesario eliminar los factores que estaban socavando la autoridad política, y para ello había que tomar “medidas eficaces (que liberasen) la economía de una intervención política excesivamente detallada y ambiciosa, y (que

<sup>3</sup> Para hacer esta evaluación, Plotke utiliza las reflexiones de Tony Benn.



hiciesen) inmunes a las élites políticas de las presiones, inquietudes y acciones de los ciudadanos” (Offe, 1990: 141). En otras palabras, lo que se pretendió fue hacer una separación entre lo considerado “político” y lo “no político”; sin embargo, lo que se encontraba en el ámbito de esto último era peligroso para la estabilidad y había que disminuir al máximo su presencia.

Más allá de las circunstancias específicas que marcaron el derrumbe del sistema económico de posguerra, interesa resaltar un aspecto: el de la transformación del espacio político a lo largo del sistema internacional. Las crisis normalmente se reflejan en la psicología social a través del renacimiento de posturas conservadoras, las cuales derivan de modo gradual hacia el escenario político. Así, el conservadurismo permitió el ascenso de organizaciones explícitamente de derecha al manejo del aparato estatal, pero también impregnó a las organizaciones de izquierda, como en el caso de los partidos socialdemócratas cuyos planteamientos se acercaron a los de las fuerzas de derecha.

Este acercamiento pragmático entre los diferentes partidos políticos del espectro europeo abrió las puertas para el ensayo de acuerdos de carácter más amplio, a fin de intentar estabilizar la economía regional. Un experimento inicial de este tipo lo constituyó la formación del primer acuerdo monetario europeo que creó la llamada *Serpiente Europea*, hacia mediados de los años setenta. Posteriormente, frente al fracaso de esta fórmula, se planteó la necesidad de establecer mecanismos más estrictos de supervisión de las variables monetarias, por lo que hacia finales del mismo decenio se puso en marcha el Sistema Monetario Europeo con un verdadero carácter supranacional y que perfilaba la creación de un espacio económico regional más integrado, con la denominación de Comunidad Económica Europea.

El desarrollo de una propuesta europeísta fue asumido por el gobierno socialdemócrata francés, cuya influencia en la cobertura regional del proyecto comunitario se extendió hacia los países menos desarrollados del área (España, Portugal, Irlanda), pero también gradualmente fue ampliando sus contenidos. Hacia finales de los años ochenta, Jacques Delors, entonces presidente de la Comunidad, presentó un plan económico que contenía las bases para la definición de una estrategia de integración económica y monetaria dentro del espacio comunitario. Este documento constituyó el principal

El Estado presionó a la socialdemocracia en el poder para llevar a cabo lo que Habermas ha denominado “política simbólica”; es decir, el gobierno recogió las necesidades de los acumuladores privados e intentó adecuarlas a los intereses colectivos.

sustento teórico para la redacción de los Tratados de Maastrich, que dieron origen a la Unión Europea. Un dato relevante de estos acuerdos es que marcaron la cancelación definitiva de la particularidad socialdemócrata dentro del escenario político, en la medida en que el compromiso con el pleno empleo (y por tanto la relación especial que mantenía con el mundo del trabajo) quedó completamente excluido en la definición de los objetivos económicos previstos para alcanzar la convergencia económica.

La construcción de la Unión Europea se realizó a partir de criterios definidos fundamentalmente por el mundo del capital, por la necesidad de mantener un espacio de estabilidad macroeconómica capaz de permitir la existencia de rendimientos financieros positivos que preservaran la operación del actual modelo de acumulación de capital.

Como podemos observar, la imaginación socialdemócrata quedó oscurecida por la persistencia de la idea liberal, al grado de que las fronteras que diferencian teóricamente las tesis sociales de la socialdemocracia respecto a los esquemas liberales se han ido diluyendo paulatinamente; así, actualmente han llegado a confundirse en la práctica las iniciativas políticas de estas corrientes ideológicas *opuestas*.

La derrota de las opciones totalitarias en Europa al finalizar la Segunda Guerra Mundial afirmó la creencia en torno a la supremacía de los procesos parlamentarios como mecanismos idóneos para el desarrollo de los principios democráticos, al mismo tiempo que la reorientación de la política estatal creaba una imagen de consolidación de los principios de justicia social. En tal contexto, la socialdemocracia parecía instalarse permanentemente como la institución hegemónica del capitalismo por excelencia.

Empero, el Estado, en la forma en que se consolidó a partir de la posguerra, parece estar atrapado en una paradoja que tal vez haya llevado consigo desde su nacimiento: “mantener su retórica democrática si es que ha de prevalecer la función de acumulación, o de la incapacidad para estimular una mayor acumulación si es que ha de ser fiel a su ideología democrática” (Wolfe, 1987: 356), y que, con el paso del tiempo, ha ahondado su incidencia en el manejo de la cuestión pública. El recrudecimiento de la crisis del sistema durante la década de los setenta condujo a un pesimismo dentro del análisis teórico respecto a la pertinencia de la intervención estatal, proyectando como visión dominante la convicción de la presencia de una crisis de legitimidad del Estado, como rasgo distintivo del capitalismo tardío.

Se ha efectuado una identificación entre el Estado benefactor y la socialdemocracia en tanto que actores de la crisis del sistema, asimilando



el primero al anquilosamiento de las iniciativas sociales y mostrando al segundo como ejecutante de las iniciativas que crearon tal institución. La argumentación precedente se ha convertido en un arma política privilegiada en manos de los neoliberales, que les permitió suplir en el manejo de la vida pública a los socialdemócratas (quizás el ejemplo más notorio de esta situación sea la derrota sufrida por el laborismo inglés a manos de la conservadora Margaret Thatcher, a finales de los setenta). El desmoronamiento socialdemócrata ha sido, por tanto, resultado de la imposibilidad para preservar el esquema de reproducción social bajo los lineamientos estratégicos desarrollados a lo largo de la posguerra, que se vio preso de fuertes presiones centrífugas generadas por las mismas fuerzas que se había encargado de conciliar.

Debido a estas razones la estrategia socialdemócrata tuvo que cambiar para adaptarse a las nuevas condiciones sociales existentes, respondiendo pragmáticamente mediante un acercamiento hacia las posiciones de derecha, privilegiando la lógica del capital para preservar su permanencia en la cúspide del poder político. Así, podemos hablar de una respuesta socialdemócrata a esta situación conflictiva, la cual ha adquirido creciente fuerza y tiene su mayor expresión en el proceso de unificación europea.

El panorama económico –que se vino configurando desde los años setenta hasta consolidarse durante los años ochenta– puso en entredicho las bases materiales de sustentación del modelo socialdemócrata-keynesiano, en tanto que esta evolución económica ha deteriorado la fortaleza económica del Estado y sus funciones “benefactoras”. Ello, al mismo tiempo, implicó la urgencia de reorientar el esquema de acumulación tanto nacional como, de manera primordial, internacionalmente. Esto último se explicaría de acuerdo con el análisis sobre las causas que han avanzado el proceso de transformación de las relaciones económicas mundiales. En él se señaló como un aspecto crucial el debilitamiento del dólar como medio de cambio internacional y la tentativa del gobierno estadounidense de recomponer su hegemonía a partir del fortalecimiento de su moneda, en ausencia de una base productiva que lo respalde, estrategia que, de acuerdo con Michel Aglietta (1987), incrementó el número de “externalidades” en el sistema económico internacional y propició el surgimiento de una doble dinámica de acumulación de capital. Acorde con ello, se produjo un divorcio, cada vez más amplio, entre el ámbito productivo (“economía real”) y el financiero.

Observamos que la recuperación real de la socialdemocracia a partir de los noventa, en lo que se refiere a la toma del poder político

con respecto a los reveses que sufrió a finales de los setenta e inicios de los ochenta, se consiguió a costa de profundizar el abandono de su estrategia original, haciendo que el socialismo, como objetivo final, fuera desapareciendo en virtud de la *Realpolitik* abrazada.

La transformación del entramado social condujo a una modificación en los procesos de legitimación-deslegitimación presentes en el desarrollo del capitalismo tardío, los cuales rebasaron completamente la capacidad de procesamiento del conflicto social por parte de los regímenes socialdemócratas (aunque este problema no es exclusivo de la socialdemocracia en particular, sino que involucra al aparato estatal de las sociedades en el estadio de desarrollo tardocapitalista), abriendo espacios por los que han aparecido nuevos actores en el escenario político nacional –organizaciones sociales marginales, movimientos alternativos tales como las formaciones ecologistas, feministas, pacifistas, etc.–, que difícilmente encajan dentro de la lógica de dominación tradicional, planteando una serie de demandas sociales imprevistas para el sistema. Así, la respuesta estatal ha consistido en una apertura del espacio político, como tentativa de absorción de tales actores y preservar con ello la estabilidad social, aunque en la práctica ello ha significado un debilitamiento en la hegemonía socialdemócrata, así como un fortalecimiento de las posiciones económicas liberales (Novoa, 2011: 20).

La conclusión de esta situación está en un vaciamiento progresivo y peligroso del mismo concepto democrático. La democracia se mantiene a flote como un cascarón que significa poco.

La crisis de la democracia representativa ha merecido desde hace tiempo un amplio debate desde distintas perspectivas teóricas, que involucran tanto visiones marxistas, entre ellas la elaborada por O'Connor (1973), como las de corte neoliberal, por ejemplo el análisis elaborado por la Comisión Trilateral en la década de los setenta (Crozier *et al.*, 1977/1978). Las principales hipótesis que condujeron dicho debate pueden resumirse, *grosso modo*, de la siguiente manera: desde una perspectiva neomarxista, James O'Connor remitió la crisis de la democracia representativa a una problemática derivada de la crisis fiscal del Estado, la cual se explica como resultado de una sobrecarga de demandas sociales a las que el Estado respondió mediante una continua expansión de sus servicios y su intervención asistencial, con el objeto de garantizar la legitimidad del sistema. Sin embargo, aunado a estos

requerimientos sociales, subsiste como determinante fundamental para la intervención del Estado la de garantizar la acumulación de capital, por lo que una parte sustantiva del gasto estatal debe ser canalizada a la creación de condiciones óptimas para el desenvolvimiento del capital, expresado en las mismas palabras de O'Connor.

Como complemento de sus argumentos, O'Connor afirmó que mientras las necesidades de gasto son crecientes, sus bases financieras son insuficientes debido a la imposibilidad estratégica del Estado para incrementar los impuestos. Entonces, la crisis de la democracia no expresa sino la incapacidad financiera del Estado para mantener sus roles de alimentación del sistema.

En esta línea se movían las tesis de autores como Alan Wolfe, quien planteó el problema desde la perspectiva de la incapacidad estatal para reproducir las bases de la legitimidad de su dominación. Para Wolfe, la historia política del capitalismo está construida a partir de las tensiones entre las concepciones liberales y democráticas, las cuales sintetizan su enfrentamiento en la figura del Estado. En la actualidad, la lucha que implica dicha dualidad se encuentra en un empate de fuerzas que ha cuestionado las maneras tradicionales de operar del Estado, atrapándolo en sus propias contradicciones y dejándolo sin soluciones.

Con un contenido prácticamente similar, algunas corrientes conservadoras han analizado la crisis de la democracia, aunque, a diferencia de las anteriores, éstas enfatizan el aspecto de la sobrecarga de demandas sociales y lo califican como el factor inductor de la ineficiencia administrativa del gobierno y, por consiguiente, de su pérdida de legitimidad.

Esta visión conservadora tiene distintas versiones, siendo una de las más influyentes la elaborada por la Comisión Trilateral en su informe sobre la crisis de la democracia (Crozier *et al.*, 1977/1978). De acuerdo con esta interpretación, la década de los sesenta se caracterizó por ser portadora de una explosión democrática que, al paso del tiempo, devino en una disminución de la confianza de la sociedad hacia su gobierno; este alejamiento social respecto de sus gobiernos se explicaría por la creciente expansión de la actividad económica del Estado (expansión que no se refleja en la calidad de los servicios públicos), que redundaba en una pérdida de su capacidad de dominación, presentándose en consecuencia un desequilibrio democrático. Este cuadro de relaciones políticas sería el producto de un amplio proceso de transformaciones culturales que se resumen en la figura de un desafío antiautoritario, el cual condujo a la construcción de un nuevo consenso social que, empero, no se planteaba ningún objetivo político

concreto. Tal postura teórica está clara en que la solución a la falta de gobernabilidad se encuentra en un recorte de las prácticas resueltas al interior del Estado, como condición básica para la recuperación de su capacidad de gestión; vale decir que se propone descargar al Estado de proveer la satisfacción directa de las demandas sociales. Como corolario de esta propuesta, los expertos de la Trilateral sugerían impulsar la reducción del tamaño del Estado mediante procesos de descentralización política y de reducción de la regulación económica estatal. La tesis de Offe al respecto es la siguiente:

No hace falta hacer un gran esfuerzo de interpretación para descifrar la crisis de gobernabilidad detectada como la manifestación políticamente distorsionada del conflicto de clase entre trabajo asalariado y capital, o para ser más precisos: entre las exigencias políticas de reproducción de la clase obrera y las estrategias privadas de reproducción del capital (Offe, 1990: 42).

Hubo otra posición en este debate, la cual aceptó algunos de los presupuestos de los análisis anteriores en términos del inadecuado comportamiento de la figura estatal, pero que, en el ámbito político, propone una explicación alternativa basada en la transformación de la racionalidad social, factor que provocó un cambio sustantivo en las relaciones entre valores y estructuras en los niveles de las preferencias, participación y expectativas políticas. La tensión entre eficacia y consenso, a raíz de la problemática que instala el debate sobre la gobernabilidad, tiene su prolongación hasta aquellos procesos vinculados a la realidad latinoamericana.

Desde la perspectiva de Jürgen Habermas, la crisis en general, y de la democracia en particular, se explicaba como resultado de que los recursos económicos disponibles para la sociedad no son suficientes para satisfacer las necesidades de los sectores sociales afectados por el crecimiento capitalista, situación que planteaba el dilema de incrementar la participación estatal a costa del crecimiento o de desatender tales reclamos a expensas de la estabilidad política.

En el momento actual, en medio de la profunda crisis capitalista que se expresa con fuerza a partir del año 2008 y que tiene al sistema al borde de una nueva gran depresión, el teórico Vicenç Navarro (Asociación Progresista de Estudiantes de Catalunya, 2012) expresa:

las crisis económicas y financieras han mostrado claramente la instrumentalización de las instituciones políticas por los poderes

financieros y económicos. Hoy la democracia está enormemente mermada. Estamos viendo como los gobiernos están tomando decisiones altamente impopulares que no estaban en sus programas electorales, decisiones que se presentan como las únicas posibles a fin de satisfacer a los mercados financieros o a Bruselas o al binomio Merkel-Zarkozy o a lo que sea.

El debate se presenta hoy en términos, nuevamente, de cuál es el papel del Estado en la tesitura actual. Para el profesor Navarro, el Estado está siendo muy importante para las élites financieras y la gran patronal, que influyen de manera predominante en él, mientras que autores como Eric Hobsbawm o Susan George, entre otros, opinan que hay una tendencia a la desaparición del mismo como exigencia de la mundialización o de la europeización.

En cualquier caso, la constante presente en el debate sobre la democracia representativa consiste en la disparidad entre las demandas sociales y la oferta pública. Así, podemos hablar de la crisis fiscal del Estado o bien de la ingobernabilidad inherente al Estado keynesiano, pero la crisis actual, iniciada en 2008, tiene, otra vez, como actor central al Estado.

Estos análisis sitúan de forma indirecta –las más de las veces– a las organizaciones socialdemócratas en el centro de la dinámica de la crisis, en tanto que la resolución de la problemática económica del Estado se ha traducido fundamentalmente en la búsqueda de mecanismos de contención del gasto público (puesto que el posible incremento de la carga fiscal podría desatar una fuerte oposición política), variable instrumental que, como ya se mencionó, contribuyó de manera preponderante a expandir la presencia de dicha corriente en el escenario político. A lo anterior, hay que añadir la confusión experimentada por la sociedad ante el conservadurismo de una visión técnica de la economía que se les presenta, por un lado, y los deseos de profundización y acción democrática, por otro, lo cual fuerza a un replanteamiento en la relación que el Estado guarda con la sociedad civil.

Hoy existen partidos denominados socialistas o socialdemócratas, pero que carecen del proyecto en ellos; están siendo sustituidos en la defensa de dicho proyecto por partidos pequeños más a la izquierda dentro del espectro político y, sobre todo, por movimientos sociales, como gran parte de los llamados *indignados*.

Lo que Hallimi (2012) denominó el *gran salto hacia atrás* –del cual la Unión Europea constituye la síntesis última– se debió a varias

causas, fundamentalmente a la hegemonización de los espacios de pensamiento e influencia por los neoliberales.

Los proyectos de clase fueron abandonados y sustituidos por una propuesta supuestamente neutral, y a partir de ahí el Estado dejó de tener el carácter de árbitro de un conflicto social, que siguió existiendo y que hoy se expresa de nuevo con enorme agudeza. Se ha privilegiado en el discurso el tratamiento de problemas específicos como el desempleo, el militarismo, la ecología, la reinserción de las economías nacionales en el contexto internacional, por mencionar algunos; todo ello bajo un contexto que intenta oscurecer la persistencia del carácter contradictorio del sistema.

En términos generales, la solución a este tipo de cuestiones adquirió la apariencia de problemas *a-ideológicos*; esto es, cuya resolución dependería estrictamente de una solución técnica. La política perdió su concepción original y pasó a ser, de modo paradójico, la base que alimentó la despolitización de la sociedad y generó una profundización de la separación entre el Estado y la sociedad civil. Sin embargo hoy, ante la aguda crisis económica que vivimos, esa misma sociedad retoma la política y exige un mayor nivel democrático para solucionar el desastre económico. Los partidos socialdemócratas han perdido credibilidad ante la sociedad y se han convertido en el *rey desnudo*; al mismo tiempo, el movimiento socialdemócrata, desde el keynesianismo más moderado hasta el más radical, va tomando nuevos vuelos.

## A manera de conclusión

A la política se la ha caracterizado como el arte de lo posible, pero lo posible se convierte en un espacio limitado cuando se observa y se proyecta en la realidad de la misma manera por agentes sociales, supuestamente, distintos. La política de concertación y consenso obligó a la socialdemocracia a determinar conjuntamente con la derecha el límite de lo posible. Con ello, las alternativas dentro del escenario político se redujeron a la mínima expresión.

La política del consenso ha favorecido fundamentalmente a la derecha, porque la socialdemocracia se instaló de manera cómoda durante su periodo de esplendor, convirtiendo a la política en un fin en sí mismo y a lo político en un ámbito restringido dentro del poder; esto evitó el desarrollo de una visión crítica de la realidad y, consecuentemente, impidió la profundización del proceso democrático al eliminar su propia esencia, mientras que la derecha mantenía intacta

la suya. En la actualidad, se ha llegado a un punto en el que no se distinguen con claridad los lineamientos estratégicos que, teóricamente, marcan la diferencia entre las posiciones ideológicas de la derecha y de la izquierda.

Replantear el consenso es vital para desvincularlo de la idea de la democracia como si fueran sinónimos, como también lo es reivindicar que para que ésta sea auténtica también se necesita la divergencia ideológica: el disenso.

La obsesión de ganar elecciones a como dé lugar ha llevado, de entrada, a sustituir políticas que eran más de derecha por políticas reformistas más tradicionales, y lo que sí ha cambiado es la vida política. La lucha política, como dice Mandel, se ha ido “desideologizando”, es decir, despolitizando. La confrontación entre programas, visiones de sociedad e ideas ha sido reemplazada por la confrontación entre líderes.

En su disputa con la derecha tradicional por el centro del electorado, los partidos socialdemócratas formularon proposiciones que pretendían disimular, cada vez peor por cierto, el abandono de objetivos y principios. Empeñados en distanciarse del dogmatismo de izquierdas, abrieron un boquete para que la derecha radical se colara, generando a partir de ello una situación bastante esquizofrénica: piden votos al electorado de izquierda, mostrándose como la única opción progresista, pero cuando gobiernan lo hacen como la derecha, convirtiendo así a sus electores en avales de una política por la que jamás habrían votado de haberlo sabido.

A pesar del ruido de los medios de comunicación, que exaltan las virtudes del sistema democrático como el único que garantiza la participación (democrática) de la ciudadanía a través de las elecciones, las cuales son el instrumento por antonomasia del involucramiento ciudadano en la toma de decisiones, no parecen convencer a una sociedad que cada vez siente mayor ahogo ante la falta de diferencias, de planes alternativos, y se ve obligada a aceptar *inevitablemente* su sacrificio para salir de la crisis.

Es bien cierto que el “socialismo real” se derrumbó irremediablemente, pero lo hizo poco tiempo antes de que el *thatcherismo* y la *reaganomics* demostraran igualmente su fracaso. Estamos en un momento, para usar la alegoría gramsciana, en donde lo viejo no acaba de morir y lo nuevo no termina de nacer.

Los partidos socialdemócratas cayeron en situaciones graves de corrupción, igual que los de derecha. Otro signo de los tiempos modernos ha sido el invariable incumplimiento de sus promesas electorales por



parte de éstos. Todo ello ha sembrado desconfianza hacia la política tradicional, lo cual podría permitir el advenimiento de una nueva.

Los socialdemócratas y su democracia social, como proyecto, no han podido o no han sabido construir una alternativa hegemónica que, en el sentido gramsciano del término, creara un bloque histórico capaz de implantar gradualmente el socialismo como futuro, permaneciendo, en cambio, como una forma de dominación del capital expresada mediante un institucionalismo que los separó cada vez más de su base social.

La democracia como concepto y su consolidación han sido defendidas por derechas e izquierdas; sin embargo, si comprendemos a ésta como una forma de concebir la vida, tendría que significar cosas muy distintas para una u otra tendencia ideológica y, consecuentemente, habría de entenderse de manera diversa su proceso de solidificación. Empero, la trayectoria recorrida ha sido la contraria: la identificación que la derecha y la izquierda han alcanzado, al reconocer los límites de lo posible, se ha traducido en una cada vez más escasa posibilidad de cambio.

Ante el fracaso de la *Serpiente Europea*, se establecieron mecanismos más estrictos de supervisión de las variables monetarias y surgió el Sistema Monetario Europeo, que perfilaba la creación de un espacio económico regional más integrado: la Comunidad Económica Europea.

La socialdemocracia ha ido perdiendo su personalidad a lo largo de sus muchas revisiones doctrinales y ahora está presa de su propio giro tecnocrático, atravesada por divisiones internas, asombrada de sus derrotas electorales, con pérdidas, cada vez mayores, de audiencia popular.

Con la Tercera Vía o el Nuevo Centro, Tony Blair y Gerhard Schröder anunciaron la muerte del socialismo, y con esta defunción decretada se eliminó cualquier línea de separación entre izquierda y derecha.

En sus inicios, la socialdemocracia se separó del marxismo escogiendo el camino de la reforma; posteriormente, sólo creyó que podía “humanizarlo”; después, la Tercera Vía anunció que “nadie tiene alternativas al capitalismo” (Guiddens, 1999: 57). Entonces, ¿para qué sirven? Las discusiones que las dirigencias de los partidos socialistas están dispuestas a admitir atañen exclusivamente a la extensión y las formas en que el capitalismo debe ser dirigido y regulado, pero no se consiente ningún otro debate. Los nuevos valores son la modernidad y el pragmatismo sin resquebrajamientos. La igualdad social ya no será un objetivo y, por lo tanto, el Estado ya no tendrá la función de ser el pilar sobre el que se alce la justicia social; el consenso es el fundamento de la



vida política, así como la búsqueda de gobernabilidad, apoyo a la conservación del medio ambiente europeo, impulso a la iniciativa individual, único instrumento para el progreso personal y colectivo (Vidal-Beneyto, 1999).

El vaciamiento de contenido de la democracia debido a la homogeneización ideológica es sumamente peligroso porque abre la puerta a salidas autoritarias y es, históricamente, un buen caldo de cultivo para la extrema derecha.

- Aglietta, M. (1987), *El fin de las divisas clave. Ensayo sobre la moneda internacional*, México, Siglo XXI Editores.
- Asociación Progresista de Estudiantes de Catalunya, "Los movimientos de protesta: ahora y antes. Entrevista a Vicenç Navarro" (2012), disponible en: [www.vnavarro.org/?p=6992](http://www.vnavarro.org/?p=6992), consulta: 20 de marzo de 2012.
- Bonefeld, W. y J. Holloway (1986), *Global Capital, National State and the politics of money*, Basingstoke, Macmillan.
- \_\_\_\_\_ (1991), *Postfordismo and Social Form*, Londres, Macmillan.
- Cacciari, M. (1981), "Transformación del Estado y proyecto histórico", en *Teoría Marxista de la Política*, Cuadernos de pasado y presente, núm. 89, México, Siglo XXI Editores.
- Chesnais, F. (1997), *La mondialisation du capital*, París, Syros, Nove éd. actualisée.
- Crozier, M., S. Huntington y J. Watanuki (1977-1978), "La crisis de la democracia. Informe sobre la gobernabilidad de la democracia al Comité Ejecutivo de la Comisión Trilateral", en *Cuadernos Semestrales*, núms. 2 y 3, México, IEUU-CIDE.
- Declaration of the Socialist International adopted at its First Congress held in Frankfurt on Main on 30 June - 3 July, 1951*, disponible en: [www.lainternacionalsocialista.org/viewArticle.cfm?ArticleID=39](http://www.lainternacionalsocialista.org/viewArticle.cfm?ArticleID=39).
- Gramsci, A. (1970), "Nuestro Marx", en Sacristán, M. (trad.), *Antología*, México, Siglo XXI.
- Guiddens, A. (1999), *La Tercera Vía, la renovación de la socialdemocracia*, Madrid, Taurus.
- Habermas, J. (1986), *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- Hallimi, S. (2012), *Le Grand Bond en arrièrè*, Marsella, Agone, col. Elements.
- Katznelson, I. (1982), "Consideraciones sobre la socialdemocracia en Estados Unidos", en *Cuadernos Semestrales*, núm. 11, 1er. semestre, México, IEUU-CIDE.
- Mandel, E. (1993), "La social-démocratie désempareé", *Inprecor*, París, Consejo Ejecutivo de la IV Internacional, octubre, disponible en: [www.ernestmandel.org/fr/ecrits/txt/1993/la\\_social\\_democratie.htm](http://www.ernestmandel.org/fr/ecrits/txt/1993/la_social_democratie.htm).
- Novoa, M. (2011), *La socialdemocracia hoy. Antecedentes históricos y referentes políticos para el estudio del socialismo democrático*, Searbrücken, Alemania, Editorial Académica Española.
- O'Connor, J. (1973), *The Fiscal Crisis of the State*, Nueva Jersey, Transaction Publishers.
- Offe, C. (1990). *Contradicciones en el Estado de Bienestar*, Madrid, Alianza Editorial.
- Plotke, D. (1981), "Políticas de transición en Estados Unidos", en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. extraordinario, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.
- Vidal-Beneyto, J. (1999), "La socialdemocracia privatizada", en *Le Monde diplomatique*, julio de 1999.
- Vidal, R. (2002), "La utopía después del fin de las utopías: pensar un futuro abierto más allá del progreso", en *Revista digital del Grupo de Investigación en Teoría y Tecnología de la Comunicación de la Universidad de Sevilla*, en línea, número especial triple 12,13 y 14, octubre de 2002, GITTCUS, disponible en: [www.huespedes.cica.es/aliens/gittcus/R.%20Vidal.htm](http://www.huespedes.cica.es/aliens/gittcus/R.%20Vidal.htm), consulta: 20 de marzo de 2012.
- Wolfe, A. (1987). *Los límites de la legitimidad*, México, Siglo XXI Editores.